

— Lo ignoro ; ¿ qué me importa la hora ? contestó la joven.

— Son las cinco.

— ¿ Y qué importa ?

— Quiero decir, que nosotros estaremos mejor *ahí* que *aquí*, replicó Camilo con voz enamorada.

Esta palabra, *ahí*, hizo temblar á la criolla desde los pies á la cabeza ; porque *aquí* era la mesa ; pero *ahí* indicaba la alcoba.

— Vamos, querida mía, dijo Camilo.

— ¿ Me amas ? preguntó lánguidamente Susana.

— ¡ Te adoro ! contestó Camilo.

— ¿ Lo juras ?

— Vamos, contigo es preciso estar jurando siempre.

— ¿ Lo juras ?

— Sí, cien veces sí.

— ¿ Sobre qué lo juras ?

— Por tus ojos negros, por tus labios sonrosados, por tu blanca espalda.

Y al través del agujero de la cerradura, Mad. de Rozán vió que Camilo llevaba á Susana hacia la alcoba.

— ¡ Que Dios me perdone ! murmuró en voz baja.

Y alejándose de la puerta se dirigió derecha á la chimenea, tomó un vaso de agua, que bebió de una vez, y después, asegurada de que estaba bien armada, abrió la puerta de su habitación y siguió el corredor hasta el núm. 25.

Pero en vano buscaba la llave, porque no estaba puesta en la puerta.

En seguida volvió á su habitación y permaneció un instante inmóvil y como enajenada.

Por el lado en que se encontraba, se hallaban los ce-

rojos de la puerta de comunicación, pero por el opuesto estaba la cerradura.

Entonces advirtió una cosa, y era, que por el lado de su habitación estaban los goznes que fijaban la puerta, y entonces comprendió que no estaba perdido todo.

Empezó por quitar sin ruido el cerrojo y después sin ruido también quitó los dos goznes.

La puerta por tanto no quedaba sostenida más que por el pasador de la llave que era de dos vueltas.

Se apoyó contra la puerta y se abrió lo bastante para permitirle el paso.

Entonces marchó con paso firme y grave derecha á la alcoba, y cruzando sus brazos sobre el pecho, contestó á la admiración de los dos amantes tiernamente abrazados :

— Soy yo.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE CUENTA CÓMO SE VENGA UNA MUJER QUE AMA.

La entrada de Mad. de Rozán en la habitación ocupada por Susana y Camilo, era tan inesperada, que produjo en ambos un efecto espantoso.

Al ver su inmovilidad y su palidez, se les hubiera creído convertidos en estatuas.

— Vamos, replicó la criolla con una voz apagada, pero tenebrosa, ya os lo he dicho, soy yo ; ¿ no me reconocéis ?

Los dos amantes bajaron la cabeza y guardaron silencio

— Camilo, continuó Mad. de Rozán mirando fijamente á su marido, me has engañado de un modo vergonzoso, me has hecho traición de una manera inaudita, y vengo á pedirte cuenta de tu mentira y de tu traición.

Susana levantó la cabeza al escuchar estas palabras; iba á hacer más todavía, iba á contestar, cuando Camilo la puso la mano en la boca diciéndola á media voz, pero lo bastante fuerte para que pudiera oírlo la criolla:

— No hables.

Mad. de Rozán cerró los ojos y palideció por un momento. Después, como sobreponiéndose á la agonía que la habían causado estas palabras, dijo:

— El miserable la tutea en mi presencia.

Camilo creyó entonces que había llegado el momento de intervenir.

— Escúchame, Dolores, dijo con la voz más dulce que le fué posible, no pretendo ni ocultar ni excusar mi traición; pero este sitio no me parece conveniente para una explicación como la que tienes derecho á pedir.

— Una explicación, repitió la criolla estremeciéndose. ¡ Hablas de explicación entre nosotros! ¿ qué es lo que pretendes explicarme? veamos. ¿ Tu crimen? ¿ es acaso que yo he sido la primera que te ha jurado eterno amor? ¿ es que yo te he jurado una fidelidad eterna? ¿ es acaso que yo te he vendido primero? ¿ qué puedes decirme que yo no me imagine?

— Te repito, añadió Camilo frunciendo las cejas, que esta escena es del peor gusto posible en una habitación como ésta; vuelve á entrar en el cuarto de donde has salido y dentro de un momento iré á hablarte.

— ¿ Estás loco, Camilo? dijo la joven con una risa convulsiva: ¿ acaso crees que yo volvería á caer en ese

nuevo lazo! ¿ no me has jurado también que partiríamos dentro de ocho días?

— Delante de Dios te juro, Dolores, que antes de diez minutos estaré á tu lado.

— No te creo, ni aun cuando pongas á Dios por testigo, Camilo, porque tú no crees en Dios.

— Pero entonces, ¿ qué es lo que queréis? exclamó la señorita de Valgeneuse.

Mad. de Rozán no se dignó contestarla.

— ¡ Callad, Susana! dijo Camilo nuevamente.

Después dirigiéndose á su mujer:

— Si tú no deseas que me una á ti en donde quiera que sea, si no quieres que te dé una explicación, ¿ qué es lo que deseas?

— Camilo, dijo Mad. de Rozán, sacando con una calma sombría el puñal de su pecho, he venido aquí con la intención de matarte y de matar á esa mujer; pero algunas palabras que he escuchado desde la habitación en que estaba han hecho cambiar mi resolución.

El tono siniestro con que Mad. de Rozán pronunció estas palabras, su actitud severa, sus ojos lanzando rayos de furor, el puñal comprimido convulsivamente en su mano, y finalmente la ira de que todo su ser estaba animado, produjeron una gran turbación en los dos culpables, cuyas manos se estrecharon involuntariamente.

El primer pensamiento de Susana, más bien que pensamiento instinto de conservación, fué el arrojarle sobre Mad. de Rozán y arrebatarla, ayudada de Camilo, el puñal con que se presentaba armada; pero el movimiento de Camilo al comprimirla las manos la había detenido.

Viendo por otra parte, que no había más que esperar que lo que había temido por el pronto, Camilo se dejó

escurrir del lecho y tendió el brazo para poner en ejecución el pensamiento de Susana; pero la criolla le detuvo con una simple mirada.

— No te aproximes, Camilo, le dijo; no pretendas arrancarme este puñal, ó por mi honor, y ya sabes que cumplo mis juramentos, te asesino como á una fiera devoradora.

Camilo retrocedió en el acto, apenas descubrió en la mirada de Mad. de Rozán la posibilidad de que ejecutara lo que decía.

— Te ruego, dolores, dijo, que me escuches.

— ¡ Ah ! ¡ tienes miedo ! exclamó burlándose la señorita de Valgeneuse.

— ¿ Otra vez ? callaos, Susana, dijo severamente el americano; ya veis que es necesario que hable á esta desgraciada criatura.

— No tienes necesidad de hablarme, puesto que no quiero escuchar nada.

— Veamos, ¿ qué exiges de mí ? preguntó Camilo bajando la cabeza; estoy pronto á ejecutar todo cuanto quieras.

— ¡ Falso ! ¡ falso ! murmuró Susana con voz apagada.

Camilo no oyó ó hizo que no oía estas palabras, y volvió á repetir:

— Habla, ¿ qué exiges de mí ?

— Exijo, dijo Mad. de Rozán, con la sonrisa de una mujer que está convencida de que el castigo se encuentra en sus manos; exijo que expíes por mucho tiempo y con grandes sufrimientos tu crimen.

— Le expiaré, contestó Camilo.

— ¡ Oh, sí, sí, murmuró la criolla, por más tiempo y de una manera más terrible de lo que te figuras.

— Empiezo ya desde este instante, Dolores, puesto que me avergüenzo.

— Eso no es bastante, Camilo, dijo Dolores moviendo precipitadamente la cabeza.

— Escucha, conozco que soy culpable, muy culpable, pero pasaré mi vida en reparar mi falta.

— Y á mí, Camilo, continuó riendo Susana, ¿ qué lugar me reservas en esa expiación ?

— Escúchame, Dolores, exclamó el joven, y no atendas más que á lo que yo te diga: yo te juro hacer todo cuanto pueda por hacer que olvides el momento de locura en que yo he caído.

Pero Dolores movió por segunda vez la cabeza.

— Eso no es bastante, repitió también por segunda vez.

— ¿ Qué deseas entonces ?

— Voy á decírtelo.

Mad. de Rozán reflexionó por un momento, y después dijo:

— Ya te he indicado, Camilo, que todo lo he escuchado desde la habitación en que me encontraba.

— Sí, continúa.

— ¡ Oh ! exclamó Susana.

— Sabes por consiguiente, añadió la criolla, todo cuanto he podido oír; por otra parte, Camilo, sin reflexionar, tú no has hecho más que hablar de mí á esa mujer, por la cual me hacías traición.

— Es cierto, exclamó en seguida Camilo, satisfecho de que su mujer hubiese oído las quejas que le daba la señorita de Valgeneuse; ya comprenderás que nunca he dejado de amarte.

Susana dejó escapar una especie de rugido.

— Hablar de mi en semejantes momentos era confesar una especie de remordimiento.

— ¡ Era un recuerdo ! ; más que un recuerdo ! era un grito de mi corazón, exclamó Camilo.

— ¡ Oh ! ; miserable ! dijo Susana.

Camilo encogió ligeramente los hombros.

— Creo, en efecto, que era un grito de tu corazón, repitió Dolores con una voz grave ; tú me amas y tú te acuerdas de mi aun en presencia de la misma por quien me abandonas.

— ¡ Oh ! si, si, te amo, te lo juro, continuó Camilo.

— No tienes necesidad de jurar ahora, replicó la criolla ; dices verdad, lo sé ; y de tu amor precisamente, de ese amor que no has podido extinguir, es de donde sacaré precisamente mi venganza.

— ¿ Qué quieres decir ? preguntó Camilo, cuya inquietud se aumentaba por más que estuviese á gran distancia de sospechar adónde iba á parar su mujer.

— Tu muerte, Camilo, no sería más que una corta y necia venganza. No ; lo que yo quiero es que vivas para que tu expiación sea tan terrible como tu crimen, y que mi venganza se grabe en tu corazón con caracteres indelebles y eternos.

En aquel momento la señorita de Valgeneuse parecía comprender qué especie de venganza meditaba la señorita de Rozán ; adelantó la cabeza con una especie de alegría que se pintaba en todo su rostro.

Pero ni Camilo ni su mujer advirtieron aquel movimiento.

— Quiero, prosiguió Dolores exaltándose poco á poco, y llegando por grados á esa especie de entusiasmo que arrastra á los mártires á todo género de sacrificios, quiero

que tu vida sea una lenta y dolorosa muerte. Quiero que seas castigado por tantos años, como días he sufrido yo. Quiero que me veas á cada momento, á cada instante, á tu lado, delante de tí, á tu espalda, en el lecho, en la mesa, en todas partes. Quiero ser tu sombra implacable, tu fantasma terrible. Quiero que llores hasta el último instante de tu existencia, y para estar siempre fija en tu pensamiento durante toda tu vida, busco la muerte, y puesto que no tienes suficiente con el espectro de Colombán, quiero que tengas también el espectro de Dolores.

Y diciendo estas palabras, la criolla, que desde hacía algunos momentos buscaba con la mano izquierda dónde latía el corazón, apoyó en él la punta del puñal que tenía en la mano derecha, y sin hacer esfuerzo ninguno, al parecer, sin dar un solo grito, se introdujo la hoja hasta el pomo, atravesándose el corazón.

La sangre saltó hasta el rostro de Camilo, quien sintiendo aquel mortal líquido, se echó las dos manos á la cara retirándolas húmedas y enrojecidas.

Susana no había perdido lo más mínimo del movimiento de la joven ; desde hacía algún tiempo hemos dicho que había adivinado su pensamiento.

Ambos jóvenes lanzaron un grito cada uno, pero de intención bien diferente.

El de Camilo, era de admiración, de espanto y de estupor.

El de Susana, era la expresión de un grito de alegría feroz.

Mad. de Rozán cayó muerta sobre el pavimento, á quien Camilo al precipitarse sobre ella no pudo sujetar.

— ¡ Dolores ! ; Dolores ! exclamó en seguida con una voz trémula.

— Adiós, dijo la joven con voz débil.

— ¡ Oh ! vuelve en tí, continuó Camilo, tendiéndose sobre aquel cuerpo que parecía morir sin agonía, besando el cuello y los hombros, á los cuales la sangre que corría á borbotones de la herida dejaba con la blancura del mármol.

— ¡ Adiós ! repitió la criolla, pero tan bajo, que apenas la entendió Camilo.

Pero haciendo después un esfuerzo, dijo con voz clara :

— ¡ No te maldigo !

Y en seguida cayó inmóvil. Sus ojos se cerraron como los pétalos de las flores cuando llega la noche.

Estaba muerta.

— ¡ Dolores ! ¡ amor mio ! exclamó el joven, á quien aquella escena tan violenta, tan súbita, tan inesperada y de tanto valor le llenaban de horror y de admiración. ¡ Dolores, yo te amo, yo no amo á nadie más que á tí ! ¡ Dolores ! ¡ Dolores !

En aquellos momentos se olvidaba de Susana, que, sentada en el borde de la cama, miraba con frialdad aquella terrible escena, cuando ésta le recordó su presencia con una interpelación tan sacrilega, que le hizo volverse hacia ella.

— Te manda que calles, ¿ lo oyes ? le dijo, yo te lo mando.

Susana se encogió de hombros y le contestó :

— Calla, Camilo, ¿ tú no te acuerdas de mí ?

— ¡ Oh ! Susana, Susana, contestó Camilo ; es preciso que seas tan miserable criatura como se me había dicho para sonreír como lo haces ante este cadáver todo ensangrentado.

— Como quieras, replicó Susana ; ¿ acaso quieres que

repita los rezos de los difuntos por el descanso de su alma ?

— Es decir, contestó Camilo espantado de aquella fría crueldad, que á pesar de lo que acaba de suceder, no tienes ni piedad, ni remordimientos.

— ¡ Ah ! según tus deseos, ¿ quieres que florezca á tu adorada Dolores ? dijo Susana. Pues bien, yo la lloro, ¿ estás satisfecho ?

— Susana, tú eres una mujer malvada ; al menos respeta el cadáver de la que hemos asesinado.

— Vamos ; con que nosotros la hemos muerto, dijo Susana, haciendo un gesto de compasión.

— ¡ Pobre joven ! murmuró el americano besando la frente glacial de la muerta, ¡ pobre joven ! ¿ por qué te he separado de tu madre, de tus hermanos, de tu patria, de todas tus afecciones, para haberte dejado matar en mi presencia, lejos de sus miradas, de sus recuerdos, lejos de todo ruego y todo llanto ? y sin embargo yo te amo, y tú eres como la última flor de mi juventud, la más dulce, la más fresca, la más perfumada ; tú eras en mi imaginación cargada de pensamientos culpables, como una nube llena de consuelo, como una corona de rehabilitación ; con tu contacto me hubiese hecho bueno ; y viviendo cerca de tí hubiera llegado á ser mucho mejor. ¡ Ah, Dolores ! ¡ Dolores !

Y aquel ligero y frívolo criollo, que hemos visto desde el principio de esta obra, siempre tan egoísta y tan risueño, se deshacía en llanto al fijar sus miradas sobre el inanimado cuerpo de su mujer.

Después levantando su cabeza y abrazándola en un transporte tan enamorado como si estuviera viva :

— ¡ Oh ! ¡ Dolores ! ¡ Dolores ! exclamó, ¡ qué bella estás !

La expresión de desprecio, de rabia y de rencor con que en aquel momento se animó la fisonomía de Susana es inexplicable. Sus mejillas se enrojecieron y sus ojos parecían inyectarse de sangre y de fuego. No pudo más que pronunciar estas palabras, porque hasta las ideas le faltaban :

— ¡ Oh, seguramente estoy soñando !

— ¡ Oh, yo sí que soñaba el día fatal en que te vi por primera vez, exclamó Camilo furioso, volviéndose hacia Susana ; yo sí que soñaba el día en que pensé que te amaba ; sí, creí amarte ! ; pero acaso es digna de amor aquella cuyos labios se entreabren á los ósculos de cariño en la misma casa en que corre la sangre de un hermano ? Desde aquel día, Susana, por insensible y desalmado que sea, experimenté no sé qué atroz estremecimiento por todo mi cuerpo ; mi corazón se sublevaba contra tu cariño, y cuando mis labios te decían te amo, él me contradecía indicándome que mentía, porque no te amaba.

— ¡ Camilo ! ; Camilo ! tú deliras, dijo la señorita de Valgeneuse, tú podrás no amarme ; pero yo te amo siempre, y á falta de amor, continuó señalando al cadáver de Mad. de Rozán, la muerte, más fuerte que el cariño, nos enlaza ya para siempre á ambos.

— ¡ No ! ; no ! exclamó Camilo temblando.

De un salto Susana se colocó á su lado y le estrechó entre sus brazos.

— Yo te amo, dijo dando á sus ojos y á su voz la expresión más apasionada.

— Déjame, déjame, contestó Camilo procurando desasirse.

Pero ella, estrechándole cada vez más, le sujetaba lo mismo que hubiera podido hacer una serpiente entre sus anillos.

— Retiraos, dijo Camilo, rechazándola entonces con tanta violencia, que positivamente hubiera caído de espaldas si no hubiera encontrado el ángulo de la chimenea donde pudo recuperar en parte el equilibrio.

— ¡ Ah ! ; es así cómo os portáis ? dijo frunciendo las cejas y mirando á su amante con menosprecio y palideciendo hasta la lividez : está bien, ya no os ruego más ; ¡ ahora lo quiero, lo mando, lo ordeno !

Y en efecto, con un tono imperativo y tendiendo la mano hacia él, le dijo :

— El día viene, Camilo ; vas á cerrar esa maleta y á seguirme.

— ¡ Jamás ! contestó Camilo, ¡ jamás !

— Como quieras, yo me retiraré sola, dijo resueltamente Susana ; pero en cuanto me separe del hotel, te acusaré de haber asesinado á tu mujer.

Camilo lanzó un grito de terror.

— Ante los tribunales, te presentaré como un delincuente.

— No serás capaz de proceder así, Susana, exclamó Camilo asustado.

— Tan cierto es que lo ejecutaré, como hace un instante te amaba y ahora te aborrezco, contestó friamente la señorita de Valgeneuse ; sí, soy capaz de hacerlo, ó mejor dicho, voy á ejecutarlo.

Y la joven se dirigió hacia la puerta.

— No saldrás, exclamó Camilo cogiéndola violentamente por un brazo, y llevándola hacia la chimenea.

— Entonces, daré gritos, dijo Susana desasiéndose de Camilo y dirigiéndose hacia la ventana y abriendo las maderas.

Camilo quiso retirarla cogiéndola por las trenzas del

cabello que se había soltado en medio de sus caricias.

Pero Susana tuvo el suficiente tiempo para cogerse al tirador de la ventana, de donde Camilo hizo inútiles esfuerzos por separarla.

En la lucha, Susana rompió con el brazo uno de los cristales, causándose algunas cortaduras.

Á la vista de su sangre, Susana se vió dominada por un acceso de ira, que sin premeditación quizá, sin tener conocimiento de lo que decía, dió con todas sus fuerzas el grito de:

— ¡ Socorro ! ¡ al asesino !

— Calla, dijo Camilo, poniéndola la mano en la boca.

— ¡ Al asesino ! ¡ socorro ! continuó Susana mordiéndole la mano con toda la fuerza de sus mandíbulas.

— ¿ No callarás, serpiente ? dijo Camilo estrechándola la garganta con la otra mano y procurando evitar el que gritase.

— ¡ Al asesino !... al asesi... balbuceó con voz apagada la señorita de Valgeneuse.

Camilo, no encontrando otro medio de impedir el que gritase, la derribó en el suelo junto al cadáver de su mujer, comprimiéndola de cada vez más la garganta.

Entonces aquella fué una lucha espantosa ; Susana, en las convulsiones de la agonía, se retorcia, procurando escaparse de aquella terrible presión ; Camilo, comprendiendo que si llegaba á caer sobre él estaba perdido, apretaba cada vez más ; en fin, se hizo completamente dueño de sus movimientos, poniéndola una rodilla sobre el pecho.

— Susana, le dijo, jugamos la vida ó la muerte ; júrame callarte, ó por mi alma que en vez de un cadáver habrás dos en esta habitación.

Susana lanzó un sordo rugido ; era evidente que aquella indicación era, más que una promesa, una amenaza.

— ¡ Pues bien, sea como tú lo quieres, víbora ! dijo el joven dejándose caer con todo su peso sobre el pecho y la garganta de la señorita de Valgeneuse.

Algunos segundos pasaron en aquella postura.

De repente, le pareció á Camilo oír aproximarse los pasos de muchas personas, y se puso á escuchar.

Por las puertas de la habitación de Dolores que habían quedado abiertas, tanto en el corredor como en la comunicación con el cuarto de Camilo, el dueño del hotel se presentó, armado con una escopeta de dos cañones, y seguido de tres ó cuatro personas, unos pasajeros que se encontraban en el hotel y otros criados que habían llegado á los gritos.

Camilo se retiró por un movimiento instintivo de Susana de Valgeneuse.

Pero ella quedó tan inmóvil como Mad. de Rozán.

Camilo la había estrangulado en la lucha.

Estaba muerta.

* * *

Cinco ó seis años después de este acontecimiento, es decir, hacia el año de 1853, al visitar el presidio de Rochefort, acompañados del San Vicente de Paúl del siglo XIX, del abate Domingo Sarranti, éste nos enseñó al enamorado de Canta-Lilas, al asesino de Colombán y de Susana. Sus cabellos negros como el azabache se habían vuelto blancos como la nieve ; su alegre fisonomía tenía impresas las señales de la más terrible desesperación.

Gibassier, siempre alegre y risueño, sostenía que Camilo de Rozán contaba cien años más que él.

CAPÍTULO XIII.

TODO ES BUENO CUANDO CONCLUYE BIEN.

Los hechiceros tienen su corazón como todas las demás criaturas de la naturaleza; y su corazón se manifiesta á veces tanto más palpablemente, cuanto más profundamente sumido se halla.

El lector que recuerde la fealdad repugnante de la Brocante se admirará tal vez cuando le digamos que por dos veces en su fantástica existencia se la consideró hermosa, por dos hombres que se distinguieron por su conocimiento de lo bello, por Juan Robert y por Peirus, y que ambos la transmitieron á lo venidero, el uno por medio del papel y el otro por medio del lienzo.

Pero como fieles narradores, cualquiera que sea la admiración y la incredulidad de nuestros lectores, nos creamos obligados á decir la verdad.

La Brocante fué hermosa en realidad en dos ocasiones:

La primera, el día de la desaparición de Rosa de Noel.

La segunda, el día en que se retiró á su casa de la calle de Ulm.

Sabido es, que cuando Salvador quería obtener alguna cosa de la Brocante, no tenía más que pronunciar cuatro palabras, que eran: *Sésamo, ábrete*; y cuando decía: « Traigo á Rosa de Noel, » de repente la Brocante se presentaba donde quiera que estuviese.

Adoraba á aquella pobre niña abandonada.

Todo ser malvado, todo egoísta, por pervertido que esté, siempre tiene una fibra en el corazón que la infamia le hace vibrar algún día.

Aquella vieja y siniestra criatura adoraba á Rosa de Noel según hemos dicho al principio de esta relación.

Sin duda recordaráis el espantoso grito de Triboulet en el *Le roi s'amuse* de nuestro querido Hugo; pues bien: la exclamación de terror y de espanto de la Brocante fué de la misma intensidad cuando á su regreso supo la desaparición de Rosa de Noel.

Ciertamente que se encuentra magnífico aquel padre bufón, llamado Triboulet, cuando sabe el robo de su hija, pues tan bella estuvo la Brocante al tener noticia del rapto de Rosa de Noel.

Si no temiera se me calificase de paradójico, trataría de demostrar que la pérdida de un niño es tan cruel por lo menos, y tan terrible para la madre adoptiva, como para la verdadera madre.

En la una el grito de dolor sale de sus entrañas, es una llama de cariño que se le marcha: para la otra, la agonía sale del corazón: es la vida que se le va.

Yo he conocido á un anciano que había tenido á un niño durante veinticinco años, y murió cuando supo que su hijo había contraído deudas en el juego. Un padre verdadero le hubiese reprendido, le hubiera enviado á Bélgica ó América á esperar la prescripción de su crimen.

La Brocante se hizo verdaderamente grande al tener aquella noticia. Ella recorrió todo París, llamó á toda la truhanería parisiense para adquirir noticias. Ofreció poner como garantía y aun dar en caso necesario, por recobrar la piedra preciosa que se llama un hijo adoptivo, la joya